

## La narcotización de la cultura en Estados Unidos y su impacto en México

En capillas

Samuel I. del Villar

**L**a influencia y expansión de los narcóticos en la cultura de Estados Unidos, la ineffectividad de sus gobiernos durante décadas para limitarla, y la angustia y desesperación en su congreso y en su administración por la impotencia para invertir la tendencia han hecho que la marihuana, la heroína y la cocaína hayan dañado gravemente las relaciones entre México y Estados Unidos.

Con una demanda conservadoramente estimada en 110 mil millones de dólares anuales de drogas (2.9% del PIB de Estados Unidos) y un cálculo entre 20 y 25 millones de fumadores estadounidenses de marihuana, 25 millones de personas que han probado la cocaína y 6 millones que la consumen regularmente, y medio millón de heroinómanos, la drogadicción en Estados Unidos es un hecho de dimensiones alarmantes. La reacción de su gobierno ha sido equívoca al tolerar el consumo y la producción internos para evitar los costos de reprimirlos y tratar de encontrar la solución

en la represión externa —cuyos costos asumen gobiernos extranjeros— a las desviaciones morales, psicológicas, familiares y de formación que subyacen antes que nada en el proceso. La respuesta gubernamental, por estar fundada en premisas equívocas, ha sido, más que ineffectiva, contraproducente. Por otra parte, el mercado de narcóticos en Estados Unidos así como la actitud de su gobierno frente al mismo, se ha convertido para México en el factor singular de mayor corrupción, especialmente en el aparato de seguridad del Estado, agravando los obstáculos a la renovación moral que el gobierno mexicano ha tratado de llevar a cabo. También ha contribuido sustancialmente al deterioro de las relaciones entre ambos países.

Las tendencias llevan a la descomposición y deben ser inaceptables para ambos países. Para revertirlas es indispensable un replanteamiento de raíz de la política de los gobiernos de Estados Unidos y de México, y de sus bases de cooperación, que elimine los intereses delincuenciales del mercado de narcóticos; un re-

### Reseña

Jan Bazant

#### Antonio Haro y Tamariz y sus aventuras políticas, 1811-1869

Por Charles A. Hale<sup>1</sup>

El más reciente libro de Jan Bazant es la notable biografía de una figura menor, aunque pintoresca, de la generación romántica mexicana, la generación de la Reforma y de la intervención

francesa. Es una obra poco pretenciosa, sin aparato conceptual ni interpretación explícita, presentada modestamente con la esperanza de que "distriga y tal vez instruya un poco al lector". Y hace ambas cosas, repetidas veces. Bazant nos dice que escogió a Haro porque éste apareció a menudo en sus investigaciones en el curso de los años, y porque encontró la vida y la carrera de Haro intrínsecamente interesantes. Bazant está, a la vez, distanciado y excepcionalmente comprometido con su tema.

Haro y Tamariz fue un rico hacendado de Puebla, educado en un colegio jesuita de Roma, que ingresó a la política como ferviente admirador de Antonio López de Santa Anna y fue tres veces ministro de finanzas (en 1844, 1846 y 1853). Haro fue un infortunado contendiente por el poder luego de la caída de Santa Anna en 1855. Ignorado por los liberales victoriosos, se volvió contra ellos encabezando una rebelión conservadora y clerical que tomó Puebla durante dos meses en 1856. Después de ser derrotado militarmente

planteamiento también de raíz que corte la exposición indiscriminada del sistema de seguridad pública mexicano al flujo de narcodólares; la redefinición conjunta de los gobiernos mexicano y estadounidense de bases efectivas de coordinación de sus políticas; y el establecimiento de un marco de coordinación multilateral efectivo con base en los intereses comunes de países importadores y exportadores. [...]

## La narcotización de la cultura en Estados Unidos

**e**n los últimos quince o veinte años la drogadicción ha pasado de ser un fenómeno marginal a uno central en la cultura estadounidense. De una cuestión de “ghetos negros”, “hippies”, “jetsetters” y liberales “in”, el consumo de drogas ha degenerado en un elemento consustancial a su vida universitaria, el gran semillero de la cultura estadounidense, o incluso del medio ambiente en sus secundarias; en un hábito cada vez más generalizado entre profesionales y oficinistas; en un factor significativo en rápido ascenso en la pérdida de productividad laboral en Estados Unidos en general y de su clase obrera en particular. Se estima que la pérdida en la productividad de la economía de Estados Unidos provocada por la droga en 1983 fue de 60 mil millones de dólares.

Los extranjeros, sean turcos, tailandeses, paquistanos, afganos, italianos, colombianos, peruanos o mexicanos, no han tenido ni tienen que ver nada con las decisiones fundamentales individuales y colectivas que están llevando a los estadounidenses a drogarse y a narcotizar su cultura. [...]

La drogadicción es un fenómeno integral. No sólo

ha dañado la moralidad, la psicología, la sociedad y la economía de Estados Unidos, también ha penetrado en su política, es decir en el ejercicio del poder para encontrar protección al mercado ilegal de narcóticos. Ya ha surgido una evidencia apabullante de corrupción del gobierno en Estados Unidos a todos los niveles para proteger las operaciones de narcotraficantes. [...]

## La política de la narcotización

**p**or otro lado, están las limitaciones del propio proceso político en los Estados Unidos para atacar con efectividad las decisiones individuales ahora colectivas de gran parte de su población en favor de la narcotización de la cultura. La represión externa ha sido por mucho la acción primaria de política que ha tomado el gobierno de Estados Unidos contra el aumento de los narcóticos, lo que por lo demás es explicable en virtud de las limitaciones intrínsecas de su proceso político para conseguir o imponer valores. Por imperfecta que sea, la democracia en los Estados Unidos funciona para estructurar el poder y orientar su ejercicio. Y la realidad es que la democracia estadounidense no parece estar a favor de la represión al consumo de drogas. Éste es el verdadero drama de la política represiva antinarcóticos en la cultura de los Estados Unidos.

Dada la masificación de la demanda, la represión efectiva del consumo en los propios Estados Unidos no parecería encontrar sustento en el proceso político. No sólo se trata del enorme potencial corruptor del narcotráfico. Además, están los millones y millones ya muy significativos en la colectividad estaduni-

te por su antiguo alumno Ignacio Comonfort, Haro huyó a Europa, dilapidó en tres años una fortuna de 600 mil pesos y regresó a México (por necesidades financieras) con el ejército francés en 1862. Despreciado políticamente por los franceses y por Maximiliano, abandonó finalmente México, estando enfermo, en 1866, e ingresó en el noviciado jesuita de Roma un año antes de morir.

Es la historia de un perdedor político; de un civil buscador de poder en un tiempo de presidentes militares; de un

aristócrata que se movía con facilidad en las tertulias de la élite, pero que tenía poco atractivo popular; de un hombre ligado a las personas e indiferente a las ideas en un periodo (después de 1846) de crecientes oposiciones ideológicas. Tenía amigos en todo el espectro político; así, se distanció tanto de los liberales, como portador de la famosa carta de Lucas Alamán a Santa Anna en 1853, como de los conservadores, debido a su apoyo de las moderadas medidas anticlericales de 1846 y 1853. Bazant caracteriza a Haro como un in-

genuo “conspirador amateur” quien se expuso a la burla y al ridículo, y quien incluso se enemistó con sus amigos más cercanos como, por ejemplo, Mariano Riva Palacio.

Las obras anteriores de Bazant sobre la enajenación de los bienes de la iglesia, la deuda externa, la industria textil en Puebla, la tierra y política en San Luis Potosí y la herencia de Hernán Cortés tocan todas la vida y obra de Haro, y Bazant utiliza este abundante material para suministrar claridad y riqueza contextual a lo largo del libro. También ha

dense que consumen drogas y que se opondrían con su sufragio a una política efectiva de represión de sus hábitos, cuyos medios, por lo demás, seguramente resultarían incompatibles con el sistema constitucional de protección a los derechos humanos por el uso masivo de la coerción gubernamental contra la población y su patrimonio. Seguramente estas realidades políticas han llevado al establecimiento de premisas evasivas y en consecuencia erróneas en la política antinarcóticos del gobierno de Estados Unidos. Se han tratado de reconciliar las exigencias formales de corte puritano de una agresiva e intolerante política antinarcóticos con las permisivas realidades sociales, políticas, culturales ya tan arraigadas que las antagonizan. El resultado del intento ha sido contraproducente. Por una parte se ha evadido la fuente interna de la enfermedad, por otra parte se ha diagnosticado que su fuente es periférica, que proviene de fuera de Estados Unidos, principalmente de países en una situación económica vulnerable, susceptibles de coerción política, diplomática, comercial, financiera, policiaca y publicitaria. Sobre estas políticas se ha construido lo esencial de la política coercitiva antidroga del gobierno de Estados Unidos.

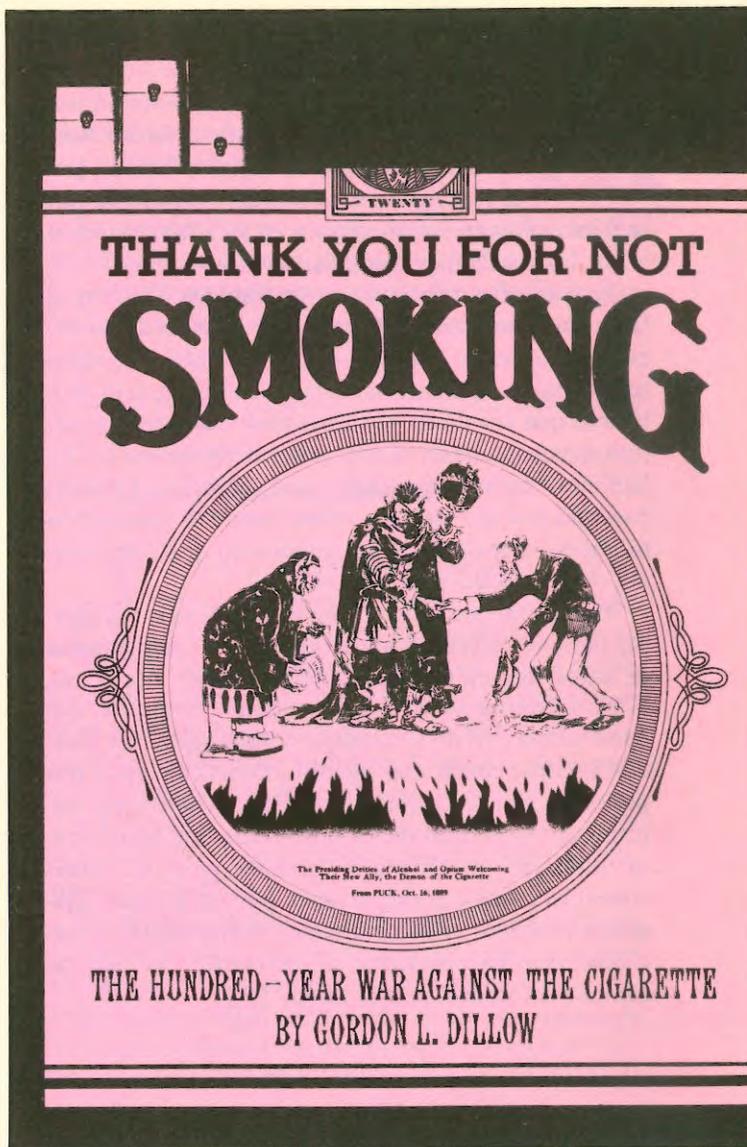
Su justicia es cuestionable porque responsabiliza a otros de un problema íntimo y por la ineffectividad gubernamental para aliviarlo. Su productividad también es cuestionable porque en vez de aliviar la drogadicción, ésta se ha estimulado por las extraordinarias utilidades ilícitas que obtienen los vendedores de drogas de cada nuevo adicto y que sólo son posibles en un mercado regulado en el que el consumo, la demanda floreciente, se tolera y los controles a la oferta —básicamente la extranjera— sirven para mantener niveles de precios atractivos para la delincuencia organizada. [...]

agotado una impresionante variedad de archivos y publicaciones en busca de huellas del evasivo Haro. Bazant sigue de cerca los documentos mediante resúmenes o citas, pero inserta constantemente interpolaciones, todo lo cual revela a un observador astuto y maduro de la naturaleza humana, así como de la política y de la sociedad mexicanas. De unas pocas señas, Bazant infiere que Haro abandonó a su mujer e hijo esencialmente para proseguir con sus aventuras políticas en México y con posibles aventuras amorosas en Europa.

La obra está repleta de apuntes de valor. Comprendemos los lazos íntimos entre las familias aristocráticas como la de Haro y la iglesia. Nos enteramos en detalle del financiamiento de las infructuosas rebeliones militares. Obtenemos una mayor evidencia de la fluidez de las posiciones políticas en el periodo pre-reformista y una nueva visión de las complejas luchas entre cinco tendencias por el poder al principio de la Reforma de 1855. Adquirimos nueva información sobre las complicaciones de la industria textil en 1843-1844.

En un sentido más general, este libro debería ser lectura obligada para aquellos que tienden a sobrevaluar o las ideas o los intereses de clase en la explicación de las alianzas políticas en el México decimonónico. Bazant no nos ofrece una explicación, pero nos recuerda ampliamente que no existe una respuesta sencilla.

<sup>1</sup>De la Universidad de Iowa. Esta reseña apareció originalmente, en inglés, en la *Hispanic American Historical Review*, vol. 66, núm. 3, pp. 605-606.



## La exportación del problema a México

**m**éxico inevitablemente tenía que ser afectado severamente por la expansión del mercado de narcóticos en Estados Unidos, por el fracaso de sus políticas de control, por la frustración en su congreso y en su administración y por las reacciones compulsivas consecuentes.

La narcotización cultural en Estados Unidos, el flujo financiero ilícito que genera y la actitud equívoca de su gobierno han exportado hacia México, como hacia ningún otro país, un cúmulo de muy graves problemas que van desde gérmenes para narcotizar la cultura mexicana hasta el más grave deterioro en las relaciones gubernamentales con Estados Unidos, pasando por los mayores obstáculos a la renovación moral de la sociedad y un amplio deterioro del sistema de seguridad pública mexicano.

México no podía tener una situación más vulnerable para ser afectado adversamente por la demanda de narcóticos en Estados Unidos superior a la deuda pública externa que asfixia la economía mexicana, con 3 mil kilómetros de frontera de costa a costa con Estados Unidos; con la más intensa imbricación entre dos países por su intercambio demográfico, comercial y cultural; con la aptitud de los ecosistemas mexicanos para producir marihuana y heroína; con el déficit comercial crónico principalmente frente a Estados Unidos, y la mayor crisis de liquidez internacional consecuente que ha conducido al derrumbe del tipo de cambio del peso frente al dólar. [...]

---

### Para invertir las tendencias

**L**as tendencias actuales en el mercado de narcóticos, en las percepciones y políticas del gobierno de Estados Unidos frente al mismo y en su marco de cooperación internacional en general y con México en particular, son inaceptables. Aceleran la drogadicción en la sociedad estadounidense, consolidan financiera y políticamente grandes intereses delincuenciales transnacionales, esparcen la corrupción del orden jurídico-gubernamental en ambos países y extinguen las posibilidades de actuar con efectividad en lo unilateral, en lo bilateral y en lo multilateral. Hay que invertir las tendencias; la tarea implica responsabilidades nacionales en Estados Unidos y en México, responsabilidades bilaterales conjuntas y responsabilidades multilaterales que compartimos con otras naciones a las que también amenaza el narcotráfico.

## La responsabilidad de Estados Unidos

**L**a responsabilidad primaria y fundamental está en los Estados Unidos y en su gobierno, puesto que en su territorio, en su economía y en su cultura se origina la gran demanda de narcóticos. El gran dilema que tiene que resolver el gobierno de Estados Unidos, o mejor dicho su proceso político, para cimentar una política efectiva contra el narcotráfico, es bien abrir un cauce para que la ley —y no la narcodelincuencia— lo regule realmente; o bien reprimir el consumo y la producción interna con efectividad. Seguir soslayando el fondo del problema, como se ha hecho durante décadas, concentrando la represión en la oferta internacional y tolerando el consumo y en gran medida la producción interna, sólo puede conducir al agravamiento de la espiral viciosa entre la expansión de la demanda; a la represión limitada de la oferta ilegal; a los altos precios del mercado ilícito; a las jugosas utilidades para las organizaciones de delincuentes que la satisfacen; a los fondos ilimitados para corromper el aparato de seguridad del Estado y el proceso político dentro y fuera de Estados Unidos y para inducir a nuevos consumidores (más niños y jóvenes) a la drogadicción; a la renovada expansión de la demanda y así a la degradación *ad infinitum*, o mejor hasta el aniquilamiento por el predominio de la drogadicción y la corrupción. [...]

---

### La responsabilidad de México

**a**sí como Estados Unidos y su gobierno tienen una responsabilidad primaria de afrontar y revertir el impacto que el consumo ilegal de narcóticos tiene en la drogadicción de su cultura, México tiene una responsabilidad primaria de afrontar la corrupción resultante especialmente en el aparato de seguridad del Estado. Ciertamente que las circunstancias internacionales creadas por el mercado de narcóticos en Estados Unidos y por la política asimétrica de su gobierno son extraordinariamente adversas para el cumplimiento de dicha responsabilidad. Sin embargo, no puede evadirse culpando a extranjeros de los males propios. [...]

La responsabilidad de México es buscar la simetría en todos los órdenes de la política antinarcótica. Y existe una evidente asimetría en la capacidad de investigación y cuestionamiento entre el gobierno mexicano y el de Estados Unidos sobre el impacto del fenómeno y la reacción gubernamental frente al mismo. Es imperati-

vo fortalecer el conocimiento del gobierno mexicano sobre la operación del mercado de narcóticos en Estados Unidos, sobre la naturaleza y efectividad de la política ante el mismo, y sobre su influencia en México. Para ello se requiere una estrategia integral que podría ir desde la apertura de servicios de inteligencia en Estados Unidos —similares a los que el DEA tiene en México— hasta una estructura administrativa y legislativa que equilibre el peso que tiene la de Estados Unidos sobre México.

---

## La responsabilidad bilateral conjunta

**a** partir del cumplimiento de las responsabilidades nacionales del gobierno mexicano y del estadounidense, será factible establecer bases sólidas para la cooperación bilateral indispensable para actuar con efectividad contra las drogas. Hasta ahora los términos de la “cooperación” han sido a partir de la conceptualización del problema y el diseño de la estrategia consecuente frente al mismo hecho unilateralmente por el gobierno de Estados Unidos y presentado al gobierno mexicano para su adhesión. Este patrón de “cooperación” explica los saldos tan adversos que han producido para México la campaña contra el narcotráfico y el barbecho en el océano que han significado los incuantificables recursos gastados para reducir el fenómeno. [...]

El prerrequisito para poder definir una estrategia bilateral efectiva es la comunicación política fluida entre los gobiernos de México y Estados Unidos, incompatible con el ambiente de desconfianza y agresión creciente que prevalecía a mediados de 1986. Una vez restablecida la comunicación adecuada, está la responsabilidad bilateral para redefinir la ayuda para una cooperación efectiva entre los dos gobiernos. Hay puntos que evidentemente debe abordar:

Las acciones del gobierno de Estados Unidos frente al consumo y la producción interna, en correspondencia y proporción a las acciones del gobierno mexicano frente a la producción y tránsito de narcóticos hacia Estados Unidos.

Los beneficios o compensaciones para México por los costos de su participación en programas de erradicación e interceptación del narcotráfico a Estados Unidos.

Los controles jurídico-gubernamentales para el comercio de marihuana y heroína que saquen del mercado a la delincuencia organizada.

El impacto en el aumento del narcotráfico en México de las acciones del gobierno de Estados Unidos o

inducidas por él, para erradicar e interceptar narcóticos fuera del territorio mexicano.

El desarrollo e intercambio de inteligencia sobre la narcodelincuencia en los dos países y la cooperación para su identificación, investigación, procesamiento y penalización.

La reciprocidad en materia de personal de inteligencia ubicado en México y Estados Unidos.

La reciprocidad en materia de flujo ilegal de mercancías y de capitales entre los dos países.

---

## La responsabilidad multilateral

**d**ado el impacto que la exportación de cocaína de países andinos a Estados Unidos tiene sobre el territorio mexicano, la posición de Colombia y algunos países caribeños como exportadores de marihuana, y la posición de algunos países asiáticos como exportadores de heroína, la responsabilidad multilateral definida en conjunto con estos países parecería una pieza *sine qua non* para afrontar el mercado interancional de narcóticos, sin menoscabo de la participación en los foros multilaterales establecidos.

Parece indispensable la concertación conjunta de una estrategia de países con posiciones análogas e intereses comunes en el mercado internacional de narcóticos que sustituya con mayor efectividad al contraproducente “programa internacional de control de narcóticos” formulado por los Estados Unidos para que la narcodelincuencia no siga ganando la partida. México, por ser el país vecino al gran mercado estadounidense de narcóticos, el más afectado por él y por los narcóticos en tránsito hacia él, podría ser el convocante óptimo a una reunión para establecer las bases de dicha estrategia.

---

El Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México publica, a través de su programa México-Estados Unidos, un *Anuario México-Estados Unidos* que recoge artículos sobre los acontecimientos recientes más relevantes para las relaciones entre los dos países. El *Anuario México-Estados Unidos 1985*, compilado por Gabriel Székely, incluye ensayos sobre temas tales como la inmigración, la deuda externa y el narcotráfico. Sobre este último punto publicamos fragmentos del sugerente trabajo de Samuel I. del Villar, quien es profesor-investigador del Centro de Estudios Internacionales.

# AL OTRO LADO DEL PUENTE

*Graham Greene*

**D**icen que tiene un millón —dijo Lucía. El hombre estaba sentado en la calurosa y agobiante placita mexicana con un perro echado a sus pies y un aire de inmensa y desamparada paciencia. El perro llamaba la atención de inmediato porque su complexión se acercaba a la de un setter inglés, sólo que algo había salido mal con la cola y el pelo de las corvas. Las palmeras se marchitaban sobre sus cabezas, todo era sombra y bochorno alrededor del quiosco; desde las pequeñas casetas de madera donde se podía cambiar con pérdida pesos por dólares llegaba el fuerte parloteo en español de los radios. Me di cuenta de que el hombre no entendía nada por la forma en que estaba leyendo su periódico: de la misma manera que yo, entresacando las palabras parecidas al inglés.

—Lleva un mes aquí —dijo Lucía. Lo expulsaron de Guatemala y Honduras.

En este pueblo fronterizo no se podía guardar un secreto ni durante cinco horas. Lucía llevaba en el lugar apenas veinticuatro horas y ya sabía todo lo referente a Mr. Joseph Calloway. La única razón de que yo no supiera nada al respecto (y ya llevaba yo dos semanas ahí) es que mi conocimiento del idioma era semejante al de Mr. Calloway. No había nadie en el pueblo que no conociera la historia; la historia completa del Consorcio de Inversiones Halling y de los procesos de extradición. Cualquiera de los personajes que se dedican a los negocios turbios en las casetas de madera del pueblo está mejor calificado que yo gracias a la larga observación para contar la historia de Mr. Calloway; sólo que yo me vi involucrado —literalmente— en el final. Todos contemplaron el desarrollo del drama con inmenso interés, lástima y respeto. Porque, después de todo, el tipo tenía un millón.

Cada de vez en cuando a todo lo largo del caluroso día, un chico le boleaba los zapatos a Mr. Calloway: él no conocía las palabras necesarias para rechazarlos y ellos pretendían no entender su inglés. El día en que lo observamos Lucía y yo deben de haberle limpiado los zapatos cuando menos media docena de veces. A medio

día cruzaba el parque y se tomaba una cerveza en el Bar Antonio, el setter caminaba pegado a sus talones como si estuviera dando un paseo por el campo en Inglaterra (él era dueño, probablemente lo recuerden, de una de las propiedades más grandes de Norfolk). Después de su cerveza caminaba entre las casetas de los cambistas hasta el río Bravo para mirar hacia Estados Unidos, que está al otro lado del puente: la gente iba y venía sin cesar en sus coches. Después regresaba a la plaza donde se quedaba hasta la hora de la comida. Estaba hospedado en el mejor hotel, pero no se consiguen buenos hoteles en este pueblo fronterizo: nadie pasa en ellos más de una noche. Los buenos hoteles están del otro lado del puente: desde la plaza se alcanzaban a ver en la noche sus letreros luminosos a veinte pisos de altura, como faros que demarcaran los Estados Unidos.

Probablemente se preguntarán qué había estado haciendo yo durante quince días en un lugar tan sin chiste. Ahí no había nada de interés para nadie; era sólo tedio y polvo y pobreza, una especie de réplica miserable del pueblo que estaba al otro lado del río: los dos tenían la plaza en el mismo lugar, los dos tenían el mismo número de cines. Uno estaba más limpio que otro, es todo, y era más caro, mucho más caro. Me había pasado un par de noches del otro lado esperando a un tipo que según la oficina de turismo iba viajar en coche desde Detroit hasta Yucatán y estaba dispuesto a vender un lugar en su automóvil por una cantidad increíblemente pequeña: veinte dólares, creo. No sé si esta persona existía o fue inventada por el optimista mestizo de la oficina; en fin, no apareció nunca, así que me la pasé esperando, sin preocuparme demasiado, del lado barato del río. No tenía importancia; estaba yo viviendo. Pensaba renunciar algún día al tipo de Detroit y volver a casa o dirigirme al sur, pero lo más sencillo era no decidir nada apresuradamente. Lucía estaba esperando un coche que iba en la dirección opuesta, pero ella no tuvo que esperar tanto. Esperábamos juntos y veíamos a Mr. Calloway esperar; qué, sólo Dios lo sabe.

No sé de qué manera considerar esta historia: para Mr. Calloway fue tragedia pura; fue un castigo poético, su-

Graham Greene estuvo en México durante ocho semanas en 1937-1938. La experiencia de conocer un país recién salido de una revolución y en el que existía una definitiva rivalidad entre el Estado y la Iglesia lo marcó tan profundamente que escribió sobre ella una gran novela (*El poder y la gloria*), un libro de viajes (*Caminos sin ley*), una serie de notas periodísticas y dos cuentos, uno de los cuales es éste "Al otro lado del puente" que publicamos.

El traductor de esta pequeña obra maestra es Héctor Toledano, quien perteneció al ciclo 1984-1986 del Programa para la Formación de Traductores de El Colegio

pongo, en opinión de los accionistas a quienes arruinó con sus negocios fraudulentos; y para Lucía y para mí fue pura comedia; excepto cuando pateaba al perro. No soy muy sentimental respecto a los perros, prefiero que la gente sea cruel con los animales que con los seres humanos, pero no podía dejar de sentir repulsión por la forma en que pateaba a ese animal: con un dejo de rencor despiadado, no por enojo, sino como si se estuviera cobrando una afrenta muy vieja. Esto sucedía por lo general de regreso del puente: era lo único semejante a una emoción que él demostraba. Por lo demás parecía ser una criatura pequeña, estable y gentil, de cabello y bigote cano, lentes de armazón dorada y diente de oro como una debilidad de carácter.

Lucía no fue precisa cuando dijo que lo habían expulsado de Guatemala y Honduras; él se fue voluntariamente cuando los procesos de extradición parecían estar avanzando y se dirigió hacia el norte. México dista todavía de ser un estado muy centralizado, así que se puede ir de gobernador en gobernador como no se podría ir de ministro en ministro o de juez en juez. Así que estaba en la frontera esperando realizar su próximo movimiento. Supongo que la parte anterior de la historia es dramática, pero yo no la presencié, y no puedo inventar lo que no he visto: las largas esperas en antecámaras, los sobornos recibidos y rechazados, el creciente temor al arresto y finalmente la huida —con lentes de armazón dorada—, y cubrir el rastro lo mejor posible. Pero ya no se trataba de finanzas, y en cuestión de huidas era sólo un aficionado. Así había venido a parar aquí, frente a mis ojos y los de Lucía, a sentarse todo el día junto al quiosco, sin nada que leer más que un periódico mexicano, sin nada que hacer más que mirar hacia Estados Unidos al otro lado del puente, sin darse cuenta, supongo, de que todo el mundo conocía perfectamente su historia, a patear al perro una vez al día. Acaso a su manera semi-setter el perro le recordaba demasiado la propiedad de Norfolk; aunque supongo que ésa era también la razón por la que lo tenía.

El acto siguiente fue otra vez comedia pura. Me cuesta trabajo pensar lo que le estaba costando a su país ir

sacando de aquí y de allá a este hombre que tenía un millón. Probablemente alguien se estuviera cansando del asunto y se descuidara; en fin, mandaron a dos detectives con una fotografía vieja. Peto él se había dejado crecer el bigote canoso y se había avejentado mucho y no lograron avisarlo. No llevaban ni dos horas de haber cruzado el puente cuando ya todo el mundo sabía que estaban en el pueblo dps detectives extranjeros buscando a Mr. Calloway, es decir, todo el mundo menos Mr. Calloway, que no sabía hablar español. Muchos pudieron habérselo dicho en inglés, pero no lo hicieron. No por crueldad, sino debido a cierta especie de temor y respeto: él estaba en exhibición, como un toro, tristemente sentado con su perro en la plaza, un magnífico espectáculo para el cual todos teníamos lugares de primera fila.

Me encontré a uno de los policías en el Bar Antonio. Estaba enojado; pensaba que al cruzar el puente la vida cambiaría, mucho más calor y sol y —sospecho— amor; pero lo único que encontró fueron calles anchas y lodosas donde la lluvia nocturna se estancaba en charcos, perros sarnosos, hedores y cucarachas en su habitación: y lo más cercano al amor, la puerta abierta de la Academia Comercial, donde bonitas muchachas mestizas se pasaban las mañanas aprendiendo a escribir a máquina. Tip-tap-tip-tap-tip —quizás ellas también tenían un sueño: empleos al otro lado del puente donde la vida iba a ser mucho más lujosa, refinada y divertida.

Comenzamos a platicar; pareció sorprendido de que yo supiera quiénes eran y lo que buscaban.

—Tenemos informes de que ese tipo Calloway está en el pueblo —dijo.

—Por ahí debe andar —dije.

—¿Nos lo podría señalar?

—Ah, no lo conozco de vista —dije.

Se tomó su cerveza y meditó un momento.

—Voy a ir a sentarme a la plaza. Supongo que pasará por ahí en algún momento.

Me terminé la cerveza y salí corriendo a buscar a Lucía.

—Apúrate, vamos a ver un artesto —dije. Mr. Calloway nos importaba un comino, no era más que un viejo que pateaba a su perro y embaucaba a los pobres y que

merecía lo que le fuera a pasar. Así que fuimos a la plaza; sabíamos que Calloway estaría ahí, pero nunca se nos ocurrió que los detectives no lo reconocieran. Se había reunido bastante gente, todos los boleros y los vendedores de fruta parecían haber llegado juntos; tuvimos que abrirnos paso a empujones; y ahí estaban, en el pequeño y sofocante centro de la plaza, sentados en bancas contiguas, los dos detectives secretos y Mr. Calloway. Nunca había visto el lugar tan silencioso; todo mundo caminaba de puntitas; los detectives observaban a la multitud en busca de Mr. Calloway y Mr. Calloway estaba sentado en su lugar de costumbre, mirando hacia los Estados Unidos por encima de las casetas de los cambistas.

—Esto no puede continuar, sencillamente no es posible —dijo Lucía. Pero continuó. Alguien tiene que escribir una obra de teatro sobre esto. Nos sentamos tan cerca como nos atrevimos. Teníamos miedo de echarnos a reír en cualquier momento. El semi-setter se rascaba las pulgas y Mr. Calloway miraba hacia los Estados Unidos. Los dos detectives miraban a la multitud y la multitud miraba el espectáculo con satisfacción solemne. Entonces uno de los detectives se levantó y se dirigió hacia donde estaba Mr. Calloway. Es el fin, pensé. Pero no fue el fin, sino el principio. Por algún motivo lo había eliminado de la lista de sospechosos. Nunca sabré por qué.

—¿Habla usted inglés? —dijo el detective.

—Soy inglés —dijo Mr. Calloway.

Ni siquiera eso lo delató; y lo más extraño fue la forma en que se animó Mr. Calloway. Creo que hacía semanas que nadie le hablaba así. Los mexicanos eran demasiado respetuosos —el hombre tenía un millón— y ni a Lucía ni a mí se nos había ocurrido jamás tratarlo con naturalidad como a cualquier ser humano; aun frente a nuestros ojos lo acrecentaba el robo colosal y la persecución alrededor del mundo.

—Este es un lugar bastante desagradable, ¿no cree? —dijo.

—En efecto —dijo el policía.

—No se me ocurre qué pueda traer a alguien de este lado.

—El deber —dijo con tristeza el policía—. Supongo que usted está de paso.

—Sí —dijo Mr. Calloway.

—Yo esperaba encontrar aquí... vida, usted me entiende. Uno lee muchas cosas sobre México.

—Ah, la vida —dijo Mr. Calloway. Hablaba con firmeza y precisión, como si estuviera frente a la asamblea de accionistas—. Eso comienza del otro lado.

—Uno no aprecia su patria hasta que sale de ella.

—Eso es muy cierto —dijo Mr. Calloway—. Muy cierto.

Al principio costaba trabajo no reír, pero después de un rato no parecía haber muchos motivos para hacerlo:

un anciano que imagina que todo lo bueno sucede del otro lado del puente internacional. Creo que se imaginaba al pueblo de enfrente como una combinación de Londres con Norfolk: teatros y bares, algo de cacería y un paseo vespertino por el campo mientras el perro —esa miserable imitación de setter— husmeaba por las zanjas. Nunca había cruzado, no podía saber que era una repetición de lo mismo, incluso el mismo trazo; sólo que las calles estaban pavimentadas y los hoteles eran diez pisos más altos y todo era más caro y las cosas estaban un poco más limpias. No había nada de lo que Mr. Calloway hubiera llamado vida: ni galerías ni librerías, sólo "Film Fun" y el periódico local, "Click", y los diarios sensacionalistas.

—Bueno —dijo Mr. Calloway—, creo que daré un paseo antes del almuerzo. Aquí se necesita apetito para tragar la comida. Por lo general bajo a mirar el puente como a esta hora. ¿Quiere venir?

—No —dijo— estoy de servicio. Estoy buscando a un tipo.

Y eso, por supuesto, lo delató a él. Hasta donde Mr. Calloway podía entender, sólo había un 'tipo' en el mundo a quien alguien pudiera estar buscando: su mente había eliminado a las personas que buscaban a un amigo, a los esposos que podían estar esperando a sus esposas, a todos los objetivos de cualquier búsqueda excepto la suya. Su capacidad de eliminación es lo que lo había convertido en financiero; era capaz de olvidar a las personas que estaban detrás de las acciones.

Esa fue la última vez que lo vimos durante algún tiempo. No lo vimos entrar en la Botica París a tomarse su aspirina ni caminar de regreso del puente con su perro. Sencillamente desapareció y al desaparecer la gente comenzó a hablar, y los policías escucharon. Quedaron como unos tontos y entonces se dieron a la persecución del mismo hombre con quien habían estado en el parque. Después también ellos desaparecieron. Se dirigieron, al igual que Mr. Calloway, a la capital del estado a ver al gobernador y al jefe de policía, y ése también debe haber sido un gracioso espectáculo, cuando se topaban con Mr. Calloway y tenían que sentarse con él en las antecámaras. Sospecho que por lo general dejaban pasar primero a Mr. Calloway, porque todos sabían que tenía un millón. Únicamente en Europa puede un hombre rico ser también criminal.

En fin, después de una semana más o menos, todo el grupo regresó en el mismo tren. Mr. Calloway viajó en pullman y los dos detectives en segunda clase. Era obvio que no habían conseguido la orden de extradición.

Para entonces ya se había marchado Lucía. Llegó el coche y cruzó el puente. Yo me quedé en México y la miré descender en la aduana a Estados Unidos. No era nadie en especial, pero me pareció hermosa a lo lejos cuando me saludó con un ademán, desde Estados Uni-

dos, antes de subir nuevamente al coche. Y de pronto sentí lástima por Mr. Calloway, como si allá hubiera algo que no podía encontrarse aquí, y al volverme lo vi reintegrado a su antigua ronda, con el perro a sus pies.

—Buenas tardes —dije, como si siempre hubiera sido nuestra costumbre saludarnos. Se veía cansado, enfermo y polvoriento, y sentí pena por él, de pensar en la clase de victoria que había venido logrando a costa de tanto dinero y preocupación, y cuyo premio era este pueblo sucio y deprimente, las casetas de los cambistas, los horrendos saloncitos de belleza que parecen recibidores de burdel con sus sillas de mimbre y sus sofás, y ese parque caluroso y sofocante junto al quiosco.

—Buenos días —respondió amargamente y el perro se puso a husmear alguna porquería. Él se volvió y lo pateó con furia, con desaliento, con desesperación.

Y en ese momento los dos policías pasaron junto a nosotros camino del puente en un taxi. Deben haber visto esa patada; tal vez eran más listos de lo que yo había estado dispuesto a conceder, tal vez sólo eran sensibles respecto a los animales, pensaron que harían una buena obra y lo demás sucedió por casualidad. Pero una cosa es innegable: esos dos pilares de la ley se dispusieron a robar el perro de Mr. Calloway.

Él los miró pasar y después dijo:

—¿Por qué no cruza usted?

—Aquí es más barato —dije.

—Es decir, sólo por una noche. Comer en ese lugar

que se alcanza a ver en las noches. Ir al teatro.

—No hay la menor posibilidad.

—Bueno, de cualquier modo váyase de aquí —dijo enojado, al tiempo que se chupaba el diente de oro. Miró colina abajo y después alzó los ojos sobre la orilla opuesta. No era capaz de ver que la calle que ascendía desde el puente sólo estaba poblada por las mismas casas de cambio que ésta.

—¿Por qué no cruza usted? —dije.

—Ah... negocios —dijo evasivamente.

—Es sólo cuestión de dinero —dije—. No tiene usted que cruzar por el puente.

—No hablo español —dijo, con cierto interés.

—No hay aquí una sola persona —dije—, que no hable inglés.

Me miró sorprendido.

—¿De verdad? —dijo—. ¿De verdad?

Era como dije; nunca había tratado de hablar con nadie y ellos le tenían demasiado respoero para hablarle: era dueño de un millón. No sé si me da gusto o lástima haberle dicho eso. De no haberlo hecho, probablemente él seguiría aquí ahora, sentado junto al quiosco mientras le bolean los zapatos: viviro y sufriendo.

Tres días después desapareció el perro. Me encontré a Mr. Calloway cuando lo estaba buscando, lo llamaba suavemente entre las palmeras del parque con cara de vergüenza. Parecía apenado.

—Odio a ese perro. Híbrido abominabale —dijo con

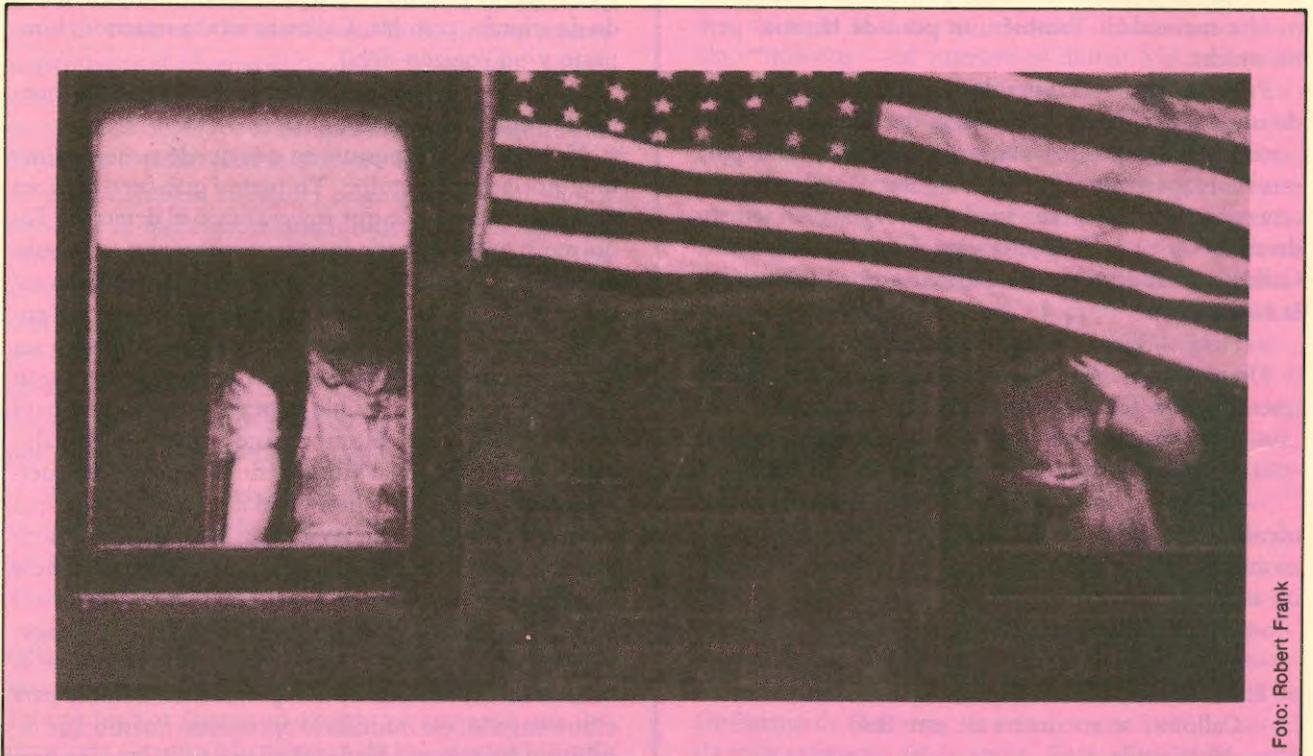


Foto: Robert Frank

furia en voz baja y lo llamó—: Rover, Rover —a un volumen que no llegaba ni a cinco merros—. Yo criaba setters —dijo—. Hubiera matado a un perro así.

Yo tenía razón, el perro le recordaba Norfolk y él vivía de ese recuerdo y lo odiaba por ser imperfecto. Era un hombre sin familia y sin amigos, y su único enemigo era ese perro. A la ley no puede considerársele un enemigo; se necesita tener cierra familiaridad con un enemigo.

Esa misma tarde alguien le dijo que habían visto al perro cruzar el puente. Era mentira, claro, pero en ese momento no lo sabíamos: le habían pagado a un mexicano cinco pesos para que lo contrabandeara. Así que toda esa tarde y la siguiente Mr. Calloway estuvo en el parque dejándose bolear los zapatos una y otra vez y pensando que cómo era posible que un perro cruzara como si nada mientras que un ser humano, un alma inmortal, estaba amarrado a esa rutina horrible del paseito y las comidas espantosas y la aspirina de la botica. El perro estaba contemplando cosas que él no podía ver: ese maldito perro. Esto lo enfurecía, creo que lo enloquecía literalmente. Debe recordarse que el tipo había estado huyendo durante meses. Tenía un millón y vivía con dos libras a la semana porque no había en qué gastar el dinero. Y se sentaba en esa banca a meditar sobre la terrible injusticia de su situación. Creo que de cualquier modo hubiera cruzado algún día, pero el perro fue el acabóse.

Como al día siguiente no lo vi por ningún lado, supuse que había cruzado y crucé yo también. El pueblo norteamericano era tan pequeño como el mexicano. Yo sabía que si él estaba ahí lo iba a encontrar y aun sentía mucha curiosidad. También un poco de lástima, pero no mucha.

Primero lo vi en la única droguería del lugar, tomando una coca-cola y después afuera del cine mirando los carteles; estaba vestido con mucha elegancia, como para una fiesta, pero no había fiesta alguna. Durante mi tercera ronda lo encontré con los detectives; estaban tomando coca-cola en la droguería y estoy seguro de que Mr. Calloway se les fue por pulgadas. Entré y me senté en la barra.

—Hola —dije—, todavía están aquí.

De pronto me sentí inquieto por Mr. Calloway, no quería que se fueran a encontrar.

—¿Dónde está Calloway? —dijo uno de ellos.

—Ah —dije—, sigue por ahí.

—Pero no su perro —dijo y se rió—. El otro pareció ofenderse un poco, no le gustaba que *nadie* hablara cínicamente de un perro. Entonces se levantaron; tenían un coche afuera.

—¿No se toman otra? —dije.

—No, gracias. Tenemos que seguir en movimiento. El hombre se inclinó hacia mí y me confesó:

—Calloway se encuentra de este lado.

—¡No! —dije.

—Y su perro también.

—Lo está buscando —dijo el otro.

—Por supuesto que no —dije y otra vez uno de ellos pareció ofenderse un poco, como si hubiera insultado al perro.

No creo que Mr. Calloway estuviera buscando al perro, pero el perro ciertamente lo encontró. Súbitamente se escucharon unos ridículos ladridos y de un salto se escapó del coche el semi-setter y corrió dando brincos calle abajo. Uno de los detectives —el sentimental— subió al coche antes de que nosotros llegáramos a la puerta y salió tras el perro. Mr. Calloway estaba casi al final del largo camino que lleva al puente; estoy seguro de que bajó a mirar el lado mexicano cuando descubrió que no había más que la farmacia y los cines y las papelerías en el norteamericano. Vio al perro y le gritó que se fuera a casa —‘a casa, a casa, a casa’—, como si estuviera en Norfolk; pero el perro no le hizo caso y siguió corriendo hacia él. Enonces vio el coche de policía que se acercaba y corrió. Después todo sucedió muy rápido pero creo que el orden de los hechos fue el siguiente: el perro cruzó la carretera justo enfrente del coche y Mr. Calloway gritó, al perro o al coche, no lo sé. En fin, el detective viró —después dijo, en voz baja, durante las averiguaciones, que no era capaz de atropellar a un perro— y dio contra Mr. Calloway, que se derrumbó en medio de una confusión de vidrios rotos y armazón dorada y cabello cano, y sangre. El perro llegó hasta él antes que ninguno de nosotros y lamía y gemía y lamía. Vi a Mr. Calloway levantar la mano y dejarla caer sobre el cuello del perro y entonces el gemido se convirtió en un estúpido ladrido de triunfo, pero Mr. Calloway estaba muerto: el impacto y un corazón débil.

—Pobre viejo —dijo el detective— apuesto que quería de verdad a su perro.

Y ciertamente la postura en que quedó semejaba más una caricia que un golpe. Yo pienso que pretendió ser un golpe, pero puede que tuviera razón el detective. Todo me parecía demasiado conmovedor para ser cierto mientras el viejo pillo seguía tirado ahí con su brazo sobre el cuello del perro, muerto, y su millón metido entre las casetas de los cambistas; pero da lo mismo ser humilde ante la naturaleza humana. Por alguna razón cruzó el puente y es posible, a pesar de todo, que haya sido el perro lo que buscaba. Este seguía sentado ahí, aullando su estúpido e híbrido triunfo encima del cuerpo como una estatua sentimentaloides: lo más cerca que llegaría a estar jamás de los campos, las zanjas y el horizonte de la casa del amo. Era cómico y lamentable, pero no dejaba de ser cómico porque el hombre estuviera muerto. La muerte no transforma la comedia en tragedia; y si ese último gesto fue de afecto, supongo que se trata de un indicio más de la capacidad del hombre para el autoengaño, ese infundado optimismo nuestro que resulta mucho más sorprendente que nuestra desesperanza.

## Algo sobre “el difícil diálogo entre literatura y psicoanálisis”

Teresa Aveyra-Sadowska

*Este erudito y ameno libro de Teresa Aveyra-Sadowska se las ve con la interpretación de tres clásicos de la literatura en español: José Martí, Juan Ruiz (el personaje literario, no el arcipreste real) y el niño que protagoniza la inclasificable Industrias y andanzas de Alfanhuí, de Rafael Sánchez Ferlosio. Aquí presentamos un fragmento de la introducción de esta obra, que se encuentra ya en librerías*

**M**e parece conveniente entrar en materia mediante una historia —historieta quizá— de la fortuna que ha tenido, en nuestro mundo occidental, la imagen simbólica.

El símbolo, “expresión lingüística de doble sentido que requiere una interpretación” (Ricoeur), “bisagra de una ambivalencia” (Bachelard), “libertad creadora de un sentido” (Durand) ha sido objeto de respeto y culto en las civilizaciones orientales, ya que procura un conocimiento global, súbito e iluminador, para el cual, en Occidente, no hubo inconveniente mayor hasta el advenimiento de la “revelación” judeocristiana. En efecto, ese conocimiento por el símbolo no es nunca objetivo, es siempre indirecto, siempre ambivalente o plurivalente, siempre ambiguo: demasiado peligroso para cualquier dogmatismo. Por ello, a partir de la institucionalización de la iglesia católica, empezó a sufrir una grave persecución. Las Sagradas Escrituras —explosión tantas veces deslumbrante del sentido indirecto— requirieron de inmediato la exégesis incommovible de la patrística que, entre otras muchas cosas, convirtió en “Dios y el alma elegida” a los amantes sin par del *Cantar de los cantares*. Esto, por citar sólo un ejemplo magno y prototípico.

Sin embargo, durante los tres primeros siglos del catolicismo, se le colaron por ahí los gnósticos, herejes que pretendían tener un conocimiento iluminativo y directo de Dios y de lo divino. Tales gnósticos —que, por supuesto, se permitieron también su propia interpretación de los textos sagrados— mantuvieron viva la imagen simbólica hasta que, definitivamente aplastados por Ireneo en el siglo III, tuvieron que dejarla caer —como a la princesa de los cuentos infanti-

les— en prolongada hibernación. Digo hibernación porque el símbolo —que pertenece a la naturaleza humana misma— no puede ser aniquilado por ninguna persecución. ¿Quién, pues, lo preservó durante 1700 años, entre el golpe dado a los gnósticos y el explosivo despertar de la imagen simbólica debido al descubrimiento freudiano del inconsciente? La respuesta de Jung (que soslaya el movimiento romántico) es tajante: lo preservaron los alquimistas, los *verdaderos alquimistas*, no simples manipuladores de hombres y de cosas en busca de la piedra filosofal, de la panacea, del agua de la eterna juventud, del oro material..., sino filósofos —tal nombre se daban a sí mismos— autores de una filosofía que, dada la circunstancia medieval, tenía que ser necesariamente hermética y estar expresada a través de un complejo simbolismo que, muchas veces, consistía en las acciones ejecutadas entre sus hornos, sus retortas y sus matraces. La alquimia, ya desde la caída del imperio romano, era en Occidente un cuerpo de doctrina que se manifestaba simbólicamente. Es más, según Jung, fueron los alquimistas gnósticos —porque hubo continuidad entre ambos— los que empezaron a estudiar los arquetipos de que él hablaría mucho más tarde. En el Siglo de las Luces, la química científica vendría a desplazar a la alquimia, no sin recibir de ella prácticas aportaciones. La filosofía alquímica había muerto.

Volviendo a la Edad Media, hay que precisar que no sólo la religión, sino todo el saber laico occidental, basado en la explicación unívoca del universo, trató de acabar con el “oscurantismo” de lo simbólico. La escolástica del siglo XIII, apoyada en Aristóteles y reforzada en el siglo XIV por el pensamiento de Guillermo de Ockham, “doctor invencible”, exaltó el signo a expensas del símbolo. Éste, devaluado cada

vez más, siglo tras siglo, llega en el xvii a resistir a duras penas el ataque del cartesianismo; y del positivismo comtiano en el xix. Parece llegado el triunfo definitivo del sentido directo sobre el sentido indirecto, de la verdad científica sobre la facultad imaginativa.

Así las cosas, en 1900 aparece la freudiana *Interpretación de los sueños*, que “descubre” la existencia del inconsciente humano y la vital importancia de los símbolos, de las imágenes, de las fantasías que lo pueblan. El símbolo perseguido toma revancha e inunda el Occidente —que había querido aniquilarlo— bajo la forma de fantasmas morbosos, imágenes oníricas, visiones pansexualistas, fantasías delirantes... El genial descubrimiento de Freud ha traído una fructuosa liberación del símbolo; liberación que ha de repercutir fuera del ámbito de la clínica y, especialmente, en el del arte; pero ese símbolo recién redivivo recae aún dentro de la sistemática intelectualista, determinista y evolucionista, propia de un positivismo tardío. Está por lo tanto, reducido a síntomas clínicos de lo que es, para Freud, la enfermedad universal, el llamado complejo de Edipo: amor sexual de todo infante por el progenitor del sexo opuesto, sumado al deseo de matar al del propio sexo.

Para restaurar al símbolo como autónomo —ni reducido ni determinado— no queda más camino que el de la heterodoxia. Esta heterodoxia está personificada, en un primer momento, por Jung quien, partiendo de la psicología misma, devolvió a la imagen

simbólica su significado espiritual. En lo fundamental y genialmente descubierto por Freud sobre la existencia del inconsciente, Jung es fiel a esa ortodoxia, pero a lo largo de la caudalosa, asistemática y a veces desconcertante exposición de su “psicología analítica” —ya no psicoanálisis— va revelando cuánto —en el aspecto que me ocupa— lo separa de su predecesor: la imagen simbólica, reducida por Freud a signos-síntoma de enfermedad, se reconoce como símbolo y se interpreta como sentido espiritual del instinto natural humano. Tal símbolo puede brotar del inconsciente individual (referido a lo parental, a experiencias infantiles o posteriores) o del *inconsciente colectivo* de la humanidad, heredado por cada ser humano. Los símbolos del *inconsciente colectivo* o *arquetipos* son múltiples, plurivalentes, proteicos; si bien Jung y los junguianos insisten en algunos fundamentales: el *Animus* (principio masculino para la mujer), el *Anima* (principio femenino para el hombre), la *Madre arquetípica*, el *Viejo Sabio*, la *Sombra*, el *Sí mismo*... Cabe aquí el caudaloso simbolismo alquímico, que Jung estudió en profundidad y que proviene de arcaicas etapas de la historia del hombre.

Desde otro punto de vista, Jung declara que símbolos y arquetipos tienen significados tan sexuales como no sexuales, que pueden estar revelando represiones de toda clase, en una gama tan vasta como lo piden todas las innumerables liberaciones que requiere el equilibrio psicofísico del ser humano en general y de cada hombre en particular (desde, por ejemplo,

**Palabras de Luis Fernando Lara, director del Diccionario del Español de México, en la presentación del Diccionario básico del español de México**

Señor presidente de El Colegio de México:

Señoras y señores:

Quiero comenzar manifestando el gusto que nos produce, a mis compañeros de trabajo y a mí, la aparición del *Diccionario básico del español de México*. Ciertamente, en comparación con la obra que nos proponemos terminar dentro de algunos años, el Diccionario del español de México, este diccionario básico es apenas un adelanto; una

promesa. No obstante, la elaboración del diccionario básico, que corresponde a una petición hecha hace seis años por la Secretaría de Educación Pública, ha implicado el mismo esfuerzo, los mismos datos y el mismo aparato técnico que desarrollamos para el diccionario “grande”. De ahí que, al ver cómo se presenta el resultado de nuestro trabajo; cómo muchos de nuestros amigos, aquí mismo en El Colegio, han pasado varias horas explorando la obra, gozando a veces sus definiciones y sus ejemplos, lamentando otras la falta de alguna palabra o de algún sentido, no podemos reprimir la alegría que nos produce ver este librito terminado, con su pasta blanca y los pajaritos

michoacanos que seleccionó Mónica Díez.

El Diccionario básico es parte de una labor iniciada en 1973, que contó con el impulso de don Antonio Carrillo Flores, entonces director del fce, y con la confianza que depositó en nosotros Antonio Alatorre. Desde entonces, hemos de agradecer particularmente a don Víctor Urquidi su interés por nuestro trabajo y el apoyo sostenido que le ha venido dando El Colegio de México.

Un diccionario básico no descubre mundos desconocidos bajo palabras extrañas; no es una obra de exploración del universo, sino que es una obra de exploración de nosotros mismos: las palabras que

la incapacidad de transformar el *ánima* en una mujer concreta para una relación psicosexual real y sana, hasta las autocensuras que impiden a un hombre *vivir* y a un artista *crear*).

Además, el símbolo es un *mediador* entre el inconsciente (la imagen) y el consciente (el sentido de esa imagen), de cuya mediación depende que ambos “se encuentren”, se unifiquen en un estado que significa no únicamente salud mental sino más que eso: realización del hombre en todas sus capacidades. Esto pretenden lograr, tras lo que llaman “proceso de individualización”, los terapeutas de la psicología analítica junguiana. Intentan lograrlo, sin destruir los impulsos naturales ni conscientes ni inconscientes, ya que el símbolo-arquetipo es no sólo *mediador* sino *conciliador*: conduce a una conjunción en la que se conservan —en lo que tienen de positivas— las potencialidades contradictorias.

La heterodoxia que parte de Jung permite romper la monótona univocidad de las interpretaciones freudianas: todo objeto protuberante o alargado es símbolo fálico; todo objeto cóncavo, perforado o bipartito es símbolo sexual femenino; todo temor en el niño es miedo a la castración; toda ansiedad en la niña es envidia del pene; toda ablación o simple corte representa asimismo castración...

Respecto a esto último, traigo a colación un ejemplo de interpretación de la junguiana Marie Louise von Franz: en un cuento de hadas (según von Franz “el cuento de hadas es más esencialmente analizable que

el mito”) el héroe ha sido acompañado en todas sus andanzas, como “animal ayudante” (Propp), por un zorro. En el momento crítico de la narración, el héroe recibe la orden ineludible de cortar a su compañero las patas y la cabeza. No obstante su repugnancia, ejecuta la doble mutilación y, después de ella, el zorro se transforma en un príncipe que ha sido así liberado por su amigo. En hermenéutica junguiana, “cortar las patas” del símbolo zorro es *detener* una proyección psíquica, no dejarla escapar. Es seguir la regla del respeto debido a nuestros sueños o fantasmas que debemos, a toda costa, preservar y analizar. “Cortar la cabeza” es anular la astucia zorruna, es vencer la calidad escurridiza del símbolo que evade ser identificado (Freud hablaría aquí de la “resistencia” del paciente a reconocer tal o cual cosa...). Cortar es también disecar, ver cómo está hecho algo, llegar a la esencia de un símbolo para aprovechar sus virtualidades: aquí se descubre que el símbolo “zorro” era, en realidad, el símbolo “príncipe”, el *Sí mismo* del héroe, arquetipo de una “perfección” alcanzada, de un “proceso de individuación” consumado.

Otro resultado de la heterodoxia inaugurada por Jung es hacer posible el reconocimiento de múltiples complejos que —no tan respetables como el Edipo— son mucho más amenos. Por ejemplo: Filemón y Baucis, el anciano matrimonio unido hasta la unidad y premiado por los dioses con la metamorfosis en dos árboles cuyas ramas se entrelazan, bien pudieran ser el complejo de tantos matrimonios (hetero u homosexua-

contiene, como monedas de cuño corriente, son las que usamos en la vida diaria y casi inconscientemente. De manera que, en principio, no está destinado a lectores como los aquí reunidos, cuyas profesiones del intelecto los hacen pronunciarlas y escribirlas varias veces al día. Pero eso sólo en principio, pues una de las características principales del diccionario es que pretende ponerle un poco de reflexión a nuestro uso de la lengua; reflexión que va desde la sencillez de sus explicaciones ortográficas, de puntuación y gramaticales (véase como ejemplo algún artículo dedicado a un adverbio, una conjunción o una preposición) hasta la invitación a desacartonar un poco el discurso, tanto

periodístico como científico, resaltando la riqueza y la flexibilidad de nuestro idioma.

En este sentido, el diccionario básico es una especie de breviario para hacer conciencia de nuestra lengua y probablemente abrirle unos cuantos respiraderos a nuestra idea de la corrección, en muchos casos tan apelmazada y tan envejecida.

En realidad el diccionario básico está hecho para la escuela: para los niños que ya aprendieron a leer y escribir y comienzan a transitar por los textos gratuitos: por la extraña terminología gramatical moderna (los morfemas y los gramemas, las clasificaciones de las oraciones, los tiempos pospretérito y antecopré-

terito —del moderno Andrés Bello); por, ahí sí, un universo científico que ya se asoma desde los primeros grados de la escuela con extrema modernidad: fototropismo, gravitación, equilibrio, fitoplancton, magma, computadora, microonda, son todas palabras y conceptos que los escolares aprenden en la escuela y utilizan en sus juegos. Quizá el tránsito que más nos interesa en El Colegio de México sea el de los niños por la historia y las ciencias sociales. Que los diccionarios comerciales no contienen palabras referentes a esos conceptos es evidente; ésa es una de las dificultades que con mayor frecuencia nos comunican los maestros de escuela; palabras como liberalismo, populis-

les) absolutamente simbióticos; las amazonas nos darían el complejo *ad hoc* para ciertas feministas del subdesarrollo; Atalanta, corredora sin par que desafía a los hombres sabiendo que su propia indefectible victoria ha de costarles la vida, simboliza el mismo complejo, agravado por su carácter individual; Eco, la ninfa que repite sin cesar y hasta el fin el nombre de Narciso, conviene a tantas mujeres (ninfómanas o no) para quienes la vida sin el hombre anula toda posible realización personal; Clítoris, doncella hermosísima pero tan pequeña que, para amarla, Zeus tiene que transformarse en hormiga, es símbolo de aquellas mujeres cuyo complejo consiste en sentirse disminuidas como tales; Narciso admite posibilidades de interpretación menos sombrías que la freudiana; Anteo, el contendiente de Hércules que sólo pegado a su madre, la Tierra, siente confianza para combatir, nos daría una variante no desdeñable del Edipo. Glauco, el pescador que, atraído por el mar, se convierte en deidad oceánica, dejaría de ser otro Edipo, regresivamente sumergido en el líquido del útero materno. Sería, por el contrario (conforme a tantos rituales primitivos en los que la inmersión ha de multiplicar el potencial de vida), el hombre que busca el simbólico baño alquímico del que surgirá la piedra filosofal que engendra el oro, símbolo de *Sí mismo*, de la personalidad constituida.

La apertura junguiana es, tal vez, excesiva, demasiado optimista, conducente a una "mística" en la que no se distinguen con claridad los límites entre la imagen morbosa y la imagen sana y realmente productiva. Sin embargo, para mis fines —que están lejos de

la clínica— representa un camino hacia lo literario, con posibilidades de una hermenéutica menos restringida. Dentro de esta tónica trabajan y publican los miembros del "Instituto Carl Gustav Jung" de Zurich; si bien sus estudios, en general, más aprovechan la literatura para la psicología que lo contrario.

Por eso me complace mencionar, de inmediato, a Gaston Bachelard. Brotado del pueblo en Bar-sur-Aube, fue cartero rural que, mientras llevaba a sus convecinos, a través de la hermosa llanura de ese río, "la carta nuestra de cada día", iba afianzando su vocación de filósofo autodidacto. Llegó, tardíamente, a ser maestro de física y química en el colegio de su ciudad natal, ganó unas oposiciones que lo hicieron agregado en filosofía, se doctoró en letras y, a los 56 años, ingresó a la Sorbona como profesor de historia y filosofía de las ciencias. Durante toda esa larga trayectoria, recibió la influencia decisiva del psicoanálisis. Las obras de Freud y Jung, leídas en profundidad, tuvieron función de enlace entre su formación científica y su acercamiento cada vez mayor a la poesía. Mencionaré tan sólo el año de 1938 (dos antes de su ingreso a la Sorbona) en el que publica dos libros: *La formación del espíritu científico: contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo* y *Psicoanálisis del fuego*. El segundo pretendía ser el iniciador de una tetralogía cósmica (fuego, aire, agua, tierra) en la que Bachelard demostraría rigurosamente lo planteado en el primero. Pero el hecho es que —aunque, efectivamente, escribió sendos libros sobre los otros tres elementos aristotélicos— a partir de esa fecha, se descubre y desarrolla cada vez más su capacidad de

mo, marxismo, ejido, maquila, bracero, azteca, maya, zapoteca y los nombres de todos los demás pueblos indígenas mexicanos, forman parte de nuestra cultura y requieren algunas explicaciones mínimas, que al menos no desorientaran en la escuela elemental.

Ese cúmulo de palabras, que se reúnen en siete mil artículos, tiene dos características que deseo destacar, pues son las que singularizan nuestro diccionario frente a todos los demás, refundiciones más o menos logradas del de la Academia Española: en primer lugar, un texto definitorio amplio, que ha sometido con generosidad las necesidades de espacio a las del sentido. Así

por ejemplo, si un diccionario dice de *materia*: "sustancia extensa e impenetrable, susceptible de tomar cualquier forma", nuestro básico prefiere: "sustancia de la que están hechos los cuerpos, que ocupa un espacio y se puede percibir con los sentidos" (aunque pensándolo bien, quizá destruyamos el misterio metafísico que articula la primera definición); si el mismo diccionario comercial considera que *rechazar* es "hacer retroceder", (y no define retroceder), el nuestro dice: "hacer algo o alguien que otra cosa u otra persona se aleje o se separe de ella". Si otro diccionario dice que *cargo* es la acción de cargar, el nuestro dirá que es un puesto o

un empleo; es un hecho generalmente delictuoso, que se atribuye a alguien; es un cobro o una deuda.

En segundo lugar, nuestro diccionario, como ningún otro, ofrece ejemplos que no solamente ilustran el uso de una palabra, como en *cuándo*: "¿cuándo volverás?", "no sé desde cuándo se llenó la ciudad de humo", "¿cuándo nos harán justicia?", y *de cuándo a acá* y *cuándo no*: "¿de cuándo acá se acostumbra insultar a los mayores?", "Asistió sin que lo invitaran —¡cuándo no!", sino que muestran combinaciones comunes, como en *liberal*: *un padre liberal, una maestra liberal, una escuela muy liberal*, o dan colorido mexicano al sentido,



como con "se hizo taquito para protegerse del frío" o "se da mucho taco con su motocicleta nueva", en *taco*, y *llevar bala*, *aguantar bala*, *ser alguien una bala*, o *una bala perdida* o *bala rasa*, con sus correspondientes ejemplos en *bala*. Ese colorido, que ante todo busca arraigar el sentimiento de que la lengua española es tan nuestra como de los españoles, va hasta el intento de presentar lo mexicano como parte de lo universal; y así, en el vocabulario de los estilos artísticos, junto a los ejemplos clásicos europeos, el diccionario lleva a la evaluación de los que afortunadamente tenemos en México: junto a Chartres y Colonia, el *gótico* se

ilustra en Huejotzingo; junto a Pérez Galdós, Ángel del Campo y Rafeal Delgado, en *realismo*; junto a Góngora, Bach y Rubens, el convento de Tepozotlán, en *barroco*.

No oculto, como ven, la alegría que nos produce nuestra propia obra. Pero tampoco deseo ocultar que en el diccionario faltan muchas palabras, algunas de las cuales, sin embargo, aparecen en el interior de algunas definiciones; tampoco que habrá significados no considerados, o que algunos ejemplos resulten inadecuados o falseadores. Este defecto, tan característico de la lexicografía como su propia definición, es uno de los que hacen la senda del lexicógrafo un camino

arduo, cuyas dificultades, por modernos que sean los métodos empleados y por capaces que sean los redactores, no se pueden saltar ni obviar. Esta experiencia, que no se enseña en las universidades, sino que se sufre cuando se mete uno a lexicógrafo, es, al menos, la que nos hace unirnos a una respetable lista de predecesores: desde don Sebastián de Cobarruvias y Samuel Johnson, hasta Noah Webster, James Murray, Julio Casares, María Moliner y Paul Robert.

Con toda seguridad, otra de las dificultades de la lexicografía, que esos venerables lexicógrafos sufrieron en carne propia, es el tiempo que lleva escribir un diccionario,

aprehender la imagen dinámica que brota de una *contemplación peculiar de la materia*, es decir, la *imagen poética*.

Bachelard es otro optimista de la imagen simbólica, pero su optimismo es más justo y moderado: distingue claramente entre los símbolos del sueño fisiológico o de la fantasía morbosa, y aquellos otros que proceden de una auténtica creación poética y que son las "hormonas de la energía espiritual". Hombre regido por la sensibilidad, que ha saltado de la física a la metafísica, para quien precisamente "la poesía es una metafísica instantánea", desarrolla lo que puede llamarse una crítica arracional, tan necesaria para enfrentarse a la esencia misma del fenómeno poético. Podría ser suyo el comentario humorístico de Pierre Emmanuel: "Analizar intelectualmente un símbolo es como pelar una cebolla para encontrarla" (*Consideración del éxtasis*).

Una palabra más: así como para Jung, el arquetipo del *Sí mismo*, del ser humano en su plenitud psíquica, suele manifestarse en el símbolo "Niño", para Bachelard, una Infancia trascendente, continuamente revivida, es nuestro destino y la meta de toda vejez sana, fortalecida por "las hormonas de la energía espiritual". Y concluye que el psicoanálisis debería ser ejercido por los viejos. Desarrolla plenamente estas ideas en *Poética de la ensoñación*, libro escrito a los 76 años, donde dice: "... la infancia deja en nosotros un principio de vida profunda, de vida siempre abierta a la posibilidad de reiniciaciones". Dos años más tarde, la muerte hace caer de su mano la pluma con que escribe su *Poética del Fénix*.

Después de Bachelard, especialmente dos símbo-

gos de nuestros días me atraen por la seriedad de sus trabajos encaminados a la rehabilitación de la imagen: Gilbert Durand, en el campo de una antropología de lo imaginario; Paul Ricoeur, a través de su preocupación por la hermenéutica de tal imaginario.

La gran obra de Durand, *Las estructuras antropológicas de lo imaginario* —que requirió 15 años de trabajo en equipo— emprende una compleja clasificación de las imágenes que ya no se apoya, como en Bachelard, en los cuatro elementos, sino, por una parte, en los tres reflejos dominantes del ser humano (postural, digestivo, copulativo), y por otra, en las dos básicas pautas de cultura observadas por los antropólogos de las civilizaciones (*ideacional, apolínea o de régimen diurno*: más propia del Occidente; *visualista, dionisiaca o de régimen nocturno*: más en consonancia vital con el Oriente).

Para mi propósito inmediato, más importante que la gran clasificación de Durand, es el énfasis que pone en la *virtud de la imagen como fermento de lo específicamente humano*, y en la importancia del símbolo en nuestra época de alienante deshumanización. Tal deshumanización está, curiosamente, apoyada en otros símbolos, éstos antinaturales y prefabricados para *las masas* bajo la forma de "mitos modernos" o verdaderas "soteriologías" (Mircea Eliade). Tal es, por ejemplo, el mito capitalista del *tener* (salvación de la inseguridad), el mito marxista de la *igualdad socioeconómica* (salvación del horror de la miseria), el mito psicoanalítico de la *panacea* (salvación de la angustia)...

En la conclusión de su compacta obra, Durand denuncia la confusión entre *demistificación* y *desmiti-*

sobre todo en comparación con el sentimiento del tiempo de los mecenas o patrocinadores de estas obras. Nunca, en la historia de la lexicografía, los autores de diccionarios han complacido a sus patrocinadores en este aspecto. Y es que un diccionario se hace de tiempo y ese tiempo, más que un lapso calculable y calculado, como aquéllos con los que trabajamos en la investigación, es tiempo vital; tiempo personal: lo que requiere un lexicógrafo para adueñarse del sentido de cada palabra que redacta y someterlo al esquema disciplinado del artículo lexicográfico, en donde nada debe sobrar y nada debiera faltar.

El tiempo lexicográfico no corre, por eso, paralelo al del calendario y ningún lexicógrafo ha habido que acepte medir su trabajo con ese calendario; si no ¿con qué estupor no habría llegado a la muerte Lord Murray, autor del Oxford, después de haberle dedicado a su diccionario más de cuarenta años de su vida y no haberlo podido terminar? (El Oxford tomó 76 años). En nuestro caso, el equipo de trabajo del Diccionario del español de México ya ha invertido casi catorce años; de éstos, cuatro los dedicamos a la investigación lingüística que fundamenta nuestro diccionario; tres los dedicamos al diccionario funda-

mental y al básico que hoy presentamos; un año más tardó su preparación para la imprenta; cuatro años, en total, están invertidos en esta pequeña obra.

No quiero terminar sin antes destacar el cuidado que puso el Departamento de Publicaciones de El Colegio y el personal de Redacta, en la composición y el diseño del diccionario. Los miembros del equipo lexicográfico se lo agradecemos cumplidamente.

Espero, queridos amigos, que el *Diccionario básico del español de México* les guste.

Muchas gracias

zación que caracteriza a nuestra época, y se adhiere al grupo de pensadores que, con Heidegger, Eliade y Bachelard entre otros, toman partido por la *remitización*, por la reinstauración de la imagen simbólica. Propone la rehabilitación de la retórica, como medio de acceso pleno a lo imaginario, y vuelve por los fueros de la poesía como acción “eufemizadora” y transformadora de un mundo urgido por la necesidad de un humanismo integral. “Ahora más que nunca —dice— sentimos que una ciencia sin conciencia, es decir, sin afirmación mítica de una Esperanza, señalaría la decadencia definitiva de nuestras civilizaciones”.

A su vez, Paul Ricoeur muestra la orientación de sus preocupaciones desde los títulos mismos de algunos de sus escritos: “El símbolo da qué pensar”; “El conflicto de las hermenéuticas, epistemología de las interpretaciones”... Su densa obra sobre Freud, analítica en su primera parte, aquí me conviene especialmente en la segunda, que su autor califica de dialéctica. A través de sus muchas páginas, dialoga con Freud, incluso “pelea” con él, sobre todo respecto al punto siguiente: al psicoanálisis, que es “arqueología” del ser humano (como el mismo Freud lo llamaba), le falta “teleología”. El hombre tiene pasado, pero también tiene futuro. Y como el psicoanálisis freudiano pasa por alto esto último, no puede llegar al “mixto concreto” en que se dan, inextricablemente unidas, arqueología y teleología y que es, precisamente, *el símbolo* no reducido, el símbolo restaurado en toda su amplitud. Todo el psiquismo está integrado en una única actividad, expresada de dos maneras: consciente y racional (sentido propio); inconsciente e imaginativa (sentido figurado). Su bipolaridad inseparable

exige la conciliación de dos hermenéuticas: la que interpreta racionalmente, conforme a un pasado inamovible; y la que lo hace con libertad creada de un sentido que se proyecta hacia una meta por alcanzar. Ambas hermenéuticas son legítimas: el hombre tiene una raíz y, en Occidente, es hijo de esos siete siglos de “iconoclastia” que mencioné al principio de este apartado; pero el hombre también tiene una escatología: va hacia un fin que Ricoeur considera definitivamente trascendente. Dentro de la coherencia de ambas hermenéuticas, lo escatológico predomina sobre lo arqueológico. Y aduce: “Hay sociedades sin investigadores científicos, sin psicoanalistas; no las hay sin artistas y poetas y sin valores vitales, sean los que sean”.

En su último capítulo de *Freud. Una interpretación de la cultura*, Ricoeur exalta el valor del símbolo restaurado como factor de un triple equilibrio: *equilibrio personal*, en cuanto paliativo ante la inevitabilidad de la muerte, como “eufemización de la muerte” (no un mero opio adormecedor, sino posibilidad de dinamismo, hasta el final, proyectivo); *equilibrio psicosocial* que preserva de dos males igualmente endémicos en el mundo actual: la enajenación por robotización y el autismo, la falta de relación con la realidad (“relación de objeto”, según Freud); y finalmente, *equilibrio antropológico*, en cuanto que representa “la esperanza de la Especie”.

Así pues, Ricoeur, otro optimista, otro esperanzado, se une a Bachelard y a Durand en la afirmación del poder renovador del símbolo y de la posibilidad de esa Infancia trascendente de la que dice “... entramos en la simbólica cuando tenemos nuestra muerte detrás y nuestra infancia delante de nosotros”.



Madrid, 4 octubre 1986

Dr. Luis Fernando Lara  
El Colegio de México

Mi distinguido colega:  
Muchas gracias por el ejemplar del *Diccionario básico del español de México*, que ha tenido la amabilidad de hacerme llegar junto con una cordial dedicación. No tenía noticia de su publicación, aunque sabía que estaba próxima por un colega nuestro, el brasileño Da Cunha, que había hablado con usted en el Congreso de Tréveris.

Celebro de veras la publicación de este segundo hijo de la empresa del *DEM*, que aventaja claramente al *Diccionario fundamental* por razón de su destino más elevado y su mayor volumen. Me parece especialmente interesante porque informa de muchas modalidades y matices del español mejicano que no están recogidos en los diccionarios conocidos. Precisamente esta circunstancia hace que deseemos con más ahínco la aparición del *Diccionario grande*, porque cabe esperar que en él la presencia de esas modalidades será incomparablemente más rica. Al mismo tiempo, hay que lamentar que la publicación (supongo que por imposición superior) de estos anticipos menores destinados a la enseñanza produzcan, como es inevitable, un mayor retraso en las ta-

reas del *DEM*, tan necesario y deseado.

Me hubiera gustado publicar algún comentario sobre este *Diccionario básico*, como ya lo hice con el *Fundamental*; pero mis propios quehaceres lexicográficos me han obligado a abandonar totalmente la colaboración en periódicos y revistas. No quiero, sin embargo, dejar de enviarle mi felicitación por su labor, y mi deseo de que siga con mucho ánimo en la realización de su proyecto.

Un saludo muy cordial,

Manuel Seco

Director del Seminario de Lexicografía  
de la Real Academia Española

### Estudios de Asia y África 68

Vol. XXI, núm. 2, abril-junio de 1986

*Marisela Connelly*, "El levantamiento de Ping Liu Li"; *Arna Golán*, "Hacia las fuentes: la poesía israelí y su relación con la Biblia"; *Russell Maeth Ch.*, "Sobre el supuesto fragmento de Homero descubierto en un texto chino del siglo x"; *David N. Lorenzen*, "Sivaísmo: heterodoxia y ortodoxia"; *Dai Qing*, "Esperanza"; *Zoetizoum Yarisse*, "Otro golpe de estado en Nigeria"; *Santiago Quintana Pali*, "México, el Medio Oriente y la OPEP".



### Historia Mexicana 136

Vol. XXXIV, núm. 4, abril-junio de 1986

*Hebert S. Klein*, "La economía de la Nueva España, 1680-1809: un análisis a partir de las Cajas Reales"; *Alfonso de María y Campos*, "Porfirianos prominentes: orígenes y años de juventud de ocho integrantes del grupo de los Científicos, 1846-1876"; *Sergio Quezada*, "Encomienda, cabildo y gubernatura indígena en Yucatán, 1541-1583"; *Armando Martínez Garnica*, "De la metáfora al mito: la visión de las crónicas sobre el tianguis prehispánico"; *Janet Long-Solís*, "El abastecimiento de Chile en el mercado de la ciudad de México-Tenochtitlan en el siglo xvi"; *Louis E. Brister y Robert C. Perry*, "La derrota de Santa Anna en Tolomé, una relación crítica y personal"; *Josefina Z. Vázquez*, "Stanley R. Ross (1921-1985)".

### Historia Mexicana 137

Vol. XXXV, núm. 1, julio-septiembre de 1986

*Pilar Gonzalbo Aizpuru*, "Del tercero al cuarto concilio provincial mexicano, 1585-1771"; *Carmen Viqueira*, "El significado de la legislación sobre mano de obra indígena de los obreros de paños, 1567-1580"; *Alan Knight*, "El liberalismo mexicano desde la Reforma hasta la Revolución (una interpretación)"; *Jan Bazant*, "La Iglesia, el Estado y la sublevación conservadora de Puebla en 1856"; *Robert A. Potash*, "Investigando la historia económica de la República mexicana temprana. Escritos recientes y adelantos tecnológicos"; *Ernesto de la Torre Villar*, "La génesis del poder judicial en el México independiente".



### Foro Internacional 104

Vol. XXVI, núm. 4, abril-junio de 1986

*María Francisca Ize-Charrin*, "Procedimientos relativos a violaciones de los derechos humanos en el escenario internacional"; *Guy F. Erb y Cathryn Thorup*, "Las relaciones entre México y Estados Unidos: cuestiones futuras"; *Isidro Morales*, "Las negociaciones del gas entre 1977 y 1979"; *Miguel S. Wionczek*, "Industrialización, capital extranjero y transferencia de tecnología: la experiencia mexicana, 1930-1985"; *Roberto Gutiérrez R.*, "El trasfondo teórico de la política económica de México en los últimos años".

### Intramuros

Con los objetivos de estimular la investigación de las principales características de la ciudad de México, y de difundir sus peculiaridades y su problemática actual, los pasados 21, 22, 23 y 24 de octubre se celebró en las instalaciones de El Colegio de México el seminario "Ciudad de México: economía, urbanismo, organización política, impacto de los sismos, planeación y perspectivas futuras", patrocinado por El Colegio de México y el Departamento del Distrito Federal. Estas mismas instituciones editarán en breve un libro que recogerá la mayor parte de las ponencias presentadas en el seminario.

El Colegio de México  
Camino al Ajusco 20  
Pedregal de Santa Teresa  
10740 México, D.F.  
Teléfono 568-6033  
Telex 1777585 COLME  
Cable COLMEX

*Presidente*  
Prof. Mario Ojeda Gómez

*Secretario General*  
Lic. Alfonso Rangel Guerra

*Coordinador General Académico*  
Dr. Lorenzo Meyer Cosío

*Secretario Adjunto "A"*  
Lic. Alberto Palma

*Secretario Adjunto "B"*  
Lic. Humberto Dardón

*Jefe de Publicaciones*  
Sr. José Antonio Valadez

### Boletín Editorial

Redacción: Ángel Miquel  
Diseño: Mónica Díez Martínez  
Formación: Ezequiel de la Rosa  
Tipografía: Inés Segovia  
Impresión: Programas Educativos S.A.

Llegó recientemente a nuestras manos el número XX, 2 de *Filología*, revista publicada por la Universidad de Buenos Aires y el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas "Dr. Amado Alonso"; esta entrega está dedicada a rendir homenaje a Raimundo Lida y colaboran en ella "los que fueron sus primeros colegas, amigos y discípulos" junto con otros, más jóvenes, que sintieron su influencia a través de sus escritos. Destacan las colaboraciones de Celina Sabor de Cortazar, Rafael Lapesa, Margit Frenk, Antonio Alatorre y Enrique Anderson Imbert.

Editorial Playor (c. Santa Clara 4, 28013 Madrid) nos envía un interesante libro de Pedro Aullón de Haro, *El jaikú en España*, en el que se sitúa a este género poético en el contexto del surgimiento de la modernidad literaria, y se examina su peso en la obra de grandes autores como Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén, Federico García Lorca y Salvador Espriu.



*Translation Review* llama a colaborar con artículos para un número dedi-

cado a los asuntos teóricos de la traducción que será publicado en 1987. La fecha límite de recepción de trabajos será el 15 de marzo de 1987 y éstos podrán versar sobre los siguientes temas: traducción e interpretación; traducción y crítica literaria; traducción y enseñanza de la escritura; la traducción y sus relaciones con la estética y la cultura; problemas teóricos de la traducción; computadoras y traducción. La dirección de *Translation Review* es:

The University of Texas at Dallas,  
Box 830688, Richardson, Texas  
75083-0688, USA.

**KEEP** 106 **RADIO EDUCACION**

53 60 70 80 90 110 120 140 160

**LOS ESCRITORES HOY**

**Una ventana abierta  
a los trabajos y los días  
del mundo literario**  
**Programa conducido  
por el novelista  
Arturo Azuela.**

MIÉRCOLES 20:30 HRS DOMINGO 19 HRS  
**SEP**

**V T Z L**  
**G H**

**radio UNAM**

**PROGRAMAS EN VIVO**

**lunes** "E SPACIO UNIVERSITARIO"  
8:30 horas Entrevista a destacadas personalidades analizando interesantes experiencias en el campo de la ciencia, arte y cultura. Coordinador: Jaime Litvak

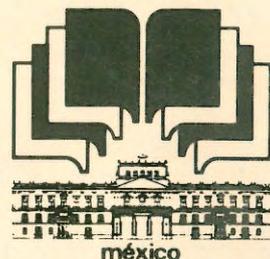
**lunes** "DEBATE DE ACTUALIDADES"  
21:00 horas Espacio destinado a grandes temas de interés actual como son: literatura, política, sociología, psicología, economía. Conductor: Ricardo Méndez Silva

**domingo** "DOMINGO SIETE"  
10:00 horas Tomás Mojarro sostendrá diálogo vivo por teléfono y micrófono abierto con nuestros radioescuchas, sobre cuestiones políticas, culturales, sociales y deportivas.

El público participa llamando a los teléfonos:  
543 9617 y 523 3652  
XEUN 860 KHz Amplitud Modulada  
XEUN FM 96.1 MHz Frecuencia Modulada Estereofónica  
XEYU 9600 KHz Onda Corta, Banda Internacional de 31 mts.



VIII FERIA  
INTERNACIONAL  
DEL LIBRO



LA UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO  
A TRAVÉS DE  
FACULTAD DE INGENIERÍA, UNAM  
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES, UNAM  
COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL, UNAM  
CAMARA NACIONAL DE LA INDUSTRIA  
EDITORIAL MEXICANA

# INVITA

a

- EDITORES
- IMPRESORES
- BIBLIOTECARIOS
- LIBREROS
- DISTRIBUIDORES
- AUTORES

a participar en la VIII FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO que se llevará a cabo del 28 de febrero al 8 de marzo de 1987 en las instalaciones del Palacio de Minería, en esta ciudad.

¡¡Asegure su participación!!

INFORMES: Tacuba No. 5, México 06000 D.F.  
Tels. 512-87-23, 521-46-87